



H. P. Lovecraft

La Calle

**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA CALLE**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1920  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA**

# LA CALLE

**H. P. LOVECRAFT**

Hay quien dice que las cosas y los lugares tienen alma, y hay quien dice que no la tienen; yo no me atrevo a decirlo, pero hablaré de la Calle.

Hombres de fuerza y honor forjaron esa Calle: buenos y valientes hombres de nuestra sangre que habían venido de las Islas Benditas a través del mar. Al principio no era más que un camino transitado por los portadores de agua desde el manantial del bosque hasta el grupo de casas de la playa. Luego, a medida que más hombres se acercaban al creciente grupo de casas y buscaban lugares donde habitar, construyeron cabañas a lo largo del lado norte, cabañas de robustos troncos de roble con mampostería en el lado hacia el bosque, pues muchos indios acechaban allí con flechas de fuego. Y en pocos años más, los hombres construyeron cabañas en el lado sur de la Calle.

Por la calle subían y bajaban hombres graves con sombreros cónicos, que la mayoría de las veces llevaban mosquetes o piezas de caza. También iban sus esposas con bonete y sus sobrios hijos. Por la noche, estos hombres con sus mujeres e hijos se sentaban alrededor de gigantescos hogares y leían y hablaban. Eran cosas muy sencillas las que leían y hablaban, pero cosas que les infundían valor y bondad y les ayudaban de día a someter el bosque y

labrar los campos. Y los niños escuchaban y aprendían de las leyes y los hechos de antaño, y de aquella querida Inglaterra que nunca habían visto o no podían recordar.

Hubo guerra, y a partir de entonces no hubo más indios que perturbaran la Calle. Los hombres, ocupados en el trabajo, crecieron prósperos y tan felices como sabían serlo. Y los niños crecieron cómodos, y más familias vinieron de la Madre Tierra a vivir en la Calle. Y crecieron los hijos de los niños y los hijos de los recién llegados. El pueblo era ahora una ciudad, y una a una las cabañas fueron dando paso a las casas, casas sencillas y hermosas de ladrillo y madera, con escalones de piedra y barandillas de hierro y lucernarios sobre las puertas. No eran creaciones endebles, pues estaban hechas para servir a muchas generaciones. En su interior había chimeneas talladas y elegantes escaleras, y muebles sensatos y agradables, porcelana y plata, traídos de la Madre Tierra.

De este modo, la Calle bebía los sueños de un pueblo joven y se regocijaba a medida que sus habitantes se volvían más elegantes y felices. Donde antes sólo había fuerza y honor, ahora moraban también el gusto y el saber. Los libros, la pintura y la música llegaron a las casas, y los jóvenes acudieron a la universidad que se elevaba sobre la llanura hacia el norte. En lugar de sombreros cónicos y mosquetes había sombreros de tres picos y pequeñas espadas, y encajes y niveas pelucas. Y había adoquines sobre los que repiqueteaban muchos caballos ensangrentados y retumbaban muchos carruajes dorados; y aceras de ladrillo con cuadras para caballos y postes de enganche.

En aquella calle había muchos árboles: olmos, robles y arces de gran dignidad, de modo que en verano la escena era todo suave verdor y gorjeo de pájaros. Y detrás de las casas había rosaledas amuralladas con senderos cercados y relojes de sol, donde al atardecer la luna y las estrellas brillaban hechizantes mientras las fragantes flores resplandecían con el rocío.

Así siguió soñando la Calle, más allá de guerras, calamidades y cambios. Una vez, la mayoría de los jóvenes se marcharon, y algunos nunca volvieron. Fue entonces cuando arriaron la vieja bandera e izaron un nuevo estandarte de rayas y estrellas. Pero aunque los hombres hablaban de grandes cambios, la Calle no los sentía, pues su gente seguía siendo la misma, hablando de las viejas cosas familiares en los viejos relatos familiares. Y los

árboles seguían cobijando a los pájaros cantores, y al atardecer la luna y las estrellas contemplaban las flores cubiertas de rocío en los rosadales amurallados.

Con el tiempo dejaron de haber espadas, sombreros de tres picos y pelucas en la calle. ¡Qué extraños parecían los habitantes con sus bastones, sus castores altos y sus cabezas recortadas! Nuevos sonidos llegaban de lejos: primero extraños resoplidos y chillidos procedentes del río, a una milla de distancia, y luego, muchos años después, extraños resoplidos y chillidos y estruendos procedentes de otras direcciones. El aire no era tan puro como antes, pero el espíritu del lugar no había cambiado. La sangre y el alma de sus antepasados habían dado forma a la Calle. Tampoco cambió el espíritu cuando rasgaron la tierra para colocar extrañas tuberías, o cuando levantaron altos postes con extraños cables. Había tanta sabiduría antigua en aquella calle que no era fácil olvidar el pasado.

Luego vinieron días de maldad, cuando muchos que habían conocido la Calle de antaño ya no la conocían, y muchos que no la habían conocido antes se marcharon, pues sus acentos eran toscos y estridentes, y su porte y sus rostros desagradables. Sus pensamientos también luchaban contra el espíritu sabio y justo de la Calle, de modo que ésta se lamentaba silenciosamente mientras sus casas caían en la decadencia, y sus árboles morían uno tras otro, y sus rosaledas se llenaban de maleza y desperdicios. Pero un día sintió una oleada de orgullo cuando volvieron a marchar jóvenes, algunos de los cuales nunca regresaron. Aquellos jóvenes vestían de azul.

Con los años, a la calle le llegó peor fortuna. Todos sus árboles habían desaparecido, y sus rosaledas habían sido desplazadas por las espaldas de nuevos edificios baratos y feos en calles paralelas. Sin embargo, las casas permanecieron, a pesar de los estragos de los años y de las tormentas y los gusanos, pues habían sido construidas para servir a muchas generaciones. En la calle aparecieron nuevos tipos de rostros, morenos y siniestros, de ojos furtivos y rasgos extraños, cuyos propietarios pronunciaban palabras desconocidas y colocaban letreros en caracteres conocidos y desconocidos en la mayoría de las casas mohosas. Los carros se agolpaban en las cunetas. Un hedor sórdido e indefinible se asentaba sobre el lugar, y el antiguo espíritu dormía.

Una vez llegó a la calle una gran agitación. Guerra y revolución asolaban los mares; una dinastía se había derrumbado y sus degenerados súbditos acudían con dudosas intenciones a la Tierra Occidental. Muchos de ellos se alojaron en las maltrechas casas que antaño habían conocido el canto de los pájaros y el aroma de las rosas. Entonces la propia Tierra Occidental despertó y se unió a la Tierra Madre en su lucha titánica por la civilización. Sobre las ciudades volvió a flotar la antigua bandera, acompañada por la nueva y por una tricolor más sencilla, pero gloriosa. Pero sobre la Calle no flotaban muchas banderas, pues en ella sólo brotaban el miedo, el odio y la ignorancia. Los jóvenes volvieron a salir, pero no como los jóvenes de aquellos días. Faltaba algo. Y los hijos de aquellos jóvenes de otros días, que en verdad salieron vestidos de olivo con el verdadero espíritu de sus antepasados, procedían de lugares lejanos y no conocían la Calle ni su antiguo espíritu.

Sobre los mares hubo una gran victoria, y en triunfo regresaron la mayoría de los jóvenes. Los que habían carecido de algo ya no carecían de ello, pero el miedo, el odio y la ignorancia seguían cerniéndose sobre la Calle; pues muchos se habían quedado atrás, y muchos forasteros habían llegado desde lugares lejanos a las antiguas casas. Y los jóvenes que habían regresado ya no vivían allí. La mayoría de los forasteros eran morenos y siniestros; sin embargo, entre ellos se podían encontrar algunos rostros parecidos a los de aquellos que dieron forma a la Calle y moldearon su espíritu. Parecidos y, sin embargo, diferentes, pues en los ojos de todos había un brillo extraño y malsano, como de codicia, ambición, venganza o celo equivocado. El descontento y la traición se extendían entre unos pocos malvados que conspiraban para asestar a la Tierra Occidental su golpe mortal, para subir al poder sobre sus ruinas, igual que habían subido los asesinos en aquella tierra infeliz y helada de donde la mayoría de ellos había venido. Y el corazón de aquella conspiración estaba en la Calle, cuyas casas en ruinas bullían de forasteros creadores de discordia y resonaban con los planes y discursos de quienes anhelaban el día señalado de sangre, llamas y crimen.

De las diversas reuniones extrañas de la Calle, la Ley decía mucho pero podía probar poco. Con gran diligencia, hombres de insignias ocultas merodeaban y escuchaban en lugares como la Panadería de Petrovitch, la escuálida Escuela Rifkin de Economía Moderna, el Club Social del Círculo y el Café de la Libertad. Allí se congregaban hombres siniestros en gran número, pero siempre hablaban en secreto o en una lengua extranjera. Y las vie-

jas casas seguían en pie, con su historia olvidada de siglos más nobles y pasados, de robustos inquilinos coloniales y rosaledas cubiertas de rocío a la luz de la luna. A veces, algún poeta o viajero solitario venía a verlas e intentaba retratarlas en su gloria desaparecida; sin embargo, no había muchos viajeros y poetas así.

Ahora corría el rumor de que en aquellas casas se encontraban los líderes de una vasta banda de terroristas, que en un día señalado iban a lanzar una orgía de matanzas para exterminar América y todas las bellas tradiciones antiguas que la Calle había amado. Volantes y periódicos revoloteaban por las inmundas cunetas; volantes y periódicos impresos en muchas lenguas y en muchos caracteres, pero todos con mensajes de crimen y rebelión. En estos escritos se instaba al pueblo a derribar las leyes y virtudes que nuestros padres habían exaltado, a erradicar el alma de la vieja América, el alma legada a través de mil años y medio de libertad, justicia y moderación anglosajonas. Se dijo que los perezosos que vivían en la Calle y se congregaban en sus podridos edificios eran los cerebros de una espantosa revolución, que a sus órdenes muchos millones de bestias descerebradas y enloquecidas extenderían sus malolientes garras desde los barrios bajos de mil ciudades, quemando, matando y destruyendo hasta que la tierra de nuestros padres dejara de existir. Todo esto se decía y se repetía, y muchos esperaban con temor el cuarto día de julio, sobre el que los extraños escritos insinuaban mucho; sin embargo, no se podía encontrar nada que atribuyera la culpa. Nadie podía saber de quién era el arresto que podría cortar de raíz la maldita conspiración. Muchas veces vinieron bandas de policías vestidos de azul a registrar las casas tambaleantes, aunque al final dejaron de venir; pues también ellos se habían cansado de la ley y el orden, y habían abandonado toda la ciudad a su suerte. Luego vinieron hombres vestidos con trajes de olivo, portando mosquetes, hasta que pareció como si la calle, en su triste sueño, soñara con aquellos otros días, cuando hombres con mosquetes y sombreros cónicos la recorrían desde el manantial del bosque hasta el grupo de casas de la playa. Sin embargo, no se podía realizar ningún acto para detener el cataclismo inminente, pues los hombres enjutos y siniestros eran viejos en astucia.

De modo que la calle siguió durmiendo intranquila, hasta que una noche se reunieron en la Panadería de Petrovitch, en la Escuela Rifkin de Economía Moderna, en el Club Social del Círculo, en el Café Liberty y en otros

lugares, vastas hordas de hombres cuyos ojos estaban llenos de horrible triunfo y expectación. A través de cables ocultos viajaban extraños mensajes, y se hablaba mucho de mensajes aún más extraños que todavía viajarían; pero la mayor parte de esto no se adivinó hasta más tarde, cuando la Tierra Occidental estuvo a salvo del peligro. Los hombres de túnica de olivo no sabían lo que estaba ocurriendo, ni lo que debían hacer, pues los enjutos y siniestros hombres eran expertos en la sutileza y la ocultación.

Y, sin embargo, los hombres de la túnica de olivo recordarán siempre aquella noche y hablarán de la calle cuando se la cuenten a sus nietos, pues muchos de ellos fueron enviados allí por la mañana en una misión distinta de la que esperaban. Se sabía que aquel nido de anarquía era viejo, y que las casas se tambaleaban por los estragos de los años y las tormentas y los gusanos; sin embargo, lo ocurrido aquella noche de verano fue una sorpresa por su uniformidad tan extraña. Fue, en efecto, un suceso sumamente singular, aunque, al fin y al cabo, sencillo. Porque sin previo aviso, en una de las pequeñas horas posteriores a la medianoche, todos los estragos de los años y las tormentas y los gusanos alcanzaron un tremendo clímax; y tras el estruendo no quedó nada en pie en la calle, salvo dos antiguas chimeneas y parte de un robusto muro de ladrillo. Tampoco nada que hubiera estado vivo surgió de entre las ruinas. Un poeta y un viajero, que vinieron con la poderosa multitud que buscaba la escena, cuentan extrañas historias. El poeta dice que durante todas las horas anteriores al amanecer contempló las sordidas ruinas indistintamente en el resplandor de las luces de arco; que se alzaba sobre los escombros otro cuadro en el que podía describir la luz de la luna y las hermosas casas y los olmos y robles y arcos de dignidad. Y el viajero declara que, en lugar del hedor habitual del lugar, persistía una delicada fragancia como de rosas en flor. Pero, ¿no son notoriamente falsos los sueños de los poetas y los relatos de los viajeros?

Hay quien dice que las cosas y los lugares tienen alma, y hay quien dice que no la tienen.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**